



# Una rosa amarilla

*Daniela Bojórquez*



**P**OCO A POCO ME CONVERTÍ en espectadora profesional. Estuve un tiempo en la universidad, estudié arte, pero deserté tras varios intentos infructuosos por crear obras que yo misma disfrutara. Acepto mi calidad de diletante: dicen que soy buena mirando. Mis amigos me encargan trabajos que son una mezcla entre relacionista público y guía de turistas. Conozco bien este puerto, esta ciudad que desde pisos altos parece una maqueta de colores (me divierte imaginar las cosas a vista de pájaro).

Como ésta es una ciudad con mar y la temperatura no baja de los treinta y cinco grados, casi no hay lugares como teatros o auditorios. Entiendo que con este sol nadie querría entrar a una caja negra a ver una función... Por lo general, aquí el arte es algo para los domingos. Por eso es un acontecimiento que nos visite alguien como Qwerty. Así firma su obra y no encuentro razón para mencionarlo aquí con su verdadero nombre. Su trabajo puede verse en Internet. No importa el nombre. Eso digo cuando alguien intenta justificar una obra que no me gusta con el manido “ese cuadro es un \_\_\_\_\_”. Por cierto, mi nombre es Yerena pero me dicen Ye. En fin. Esto no se trata de mí, sino de Qwerty, mejor: de mi recuerdo de él, que a veces es un hilo muy delgado y otras una imagen que regresa con claridad.

Hace tiempo vine por él a este café del muelle, donde ahora escribo, para llevarlo a la única galería de la ciudad. Él iba a inaugurar una exposición. Lo vi sentado aquí, en la misma silla a mi derecha, concentrado en una carpeta que contenía fotos o papeles. Se veía muy sereno, casi inmóvil. Era como si no le afectara la brisa, que esa tarde era muy intensa, ni la

luz que casi siempre ciega a los de fuera. Eso fue lo primero que me agradó.

Caminaba hacia esta mesa e inmediatamente supe que él era Qwerty. Tuve tiempo para pensar que mucha gente se ve mejor de lejos, aunque al acercarme se hacía cada vez más intensa la sensación de que reconocía algo imaginado antes, no como esas veces en que se deja de ver a alguien mucho tiempo, sino como si él fuera la persona exacta, con el físico exacto que yo esperaba ver. No sé si logro explicarlo bien. Fue muy raro.

Su postura era la de alguien a quien no le importa la aprobación de los demás, parecida a su actitud indiferente con el clima. Su cabello oscuro y fino se movía un poco con el aire y la carpeta blanca frente a él reflejaba la luz sobre su cara, pero no parecía inmutarse. Mantenía fijos en mí sus ojos demasiado negros. Digo demasiado porque, rato después, vistos de cerca, noté que casi no se distinguían las pupilas.

Para presentarnos le pregunté en qué estaba trabajando. Ya lo sabía, pero esa respuesta habla bastante de las personas, me refiero al tono, a la elección de palabras que a veces no es consecuente con la verdadera ocupación... Él respondió muy serio que “al diletantismo”. “Yo también”, contesté, y nos reímos: yo por su burla de sí mismo. Él seguramente pensó que yo también me burlaba de mí misma, en fin, esto no se trata de mí.

Ese día decoraba la mesa un florero con una rosa que me sorprendió ver porque no son comunes en estas latitudes. Estaba ahí, fresca entre hojas verdes. Además era amarilla y, según sé, se les atribuyen significados negativos. Pero ahí estaba: viva y procedente de otra parte, colocada en el florero, como si no importara el clima ni su color. Qwerty y yo comentamos sobre su viaje, la luz tan intensa de aquí, la afición de los habitantes del puerto por los colores saturados, las fachadas brillantes... Hablaba con tal entusiasmo de este lugar (sí, es una postal) y de los artistas que yo también aprecio, que me convencí de que entre él y yo había más coincidencias de las convenientes; aclaro, no me gusta involucrarme demasiado, menos con alguien que deba subir a un avión a la mañana siguiente.

Intenté evitar el contacto visual; procuré que no notara mi esfuerzo. Me concentraba en la rosa. Contaba los pétalos. Comenté que todos me llaman Ye. Qwerty

dijo que mi nombre es una bifurcación. Supongo que tardé en responder algo inteligente. Luego pensé que él había querido decir algo sobre el destino, o algo más, pero sé que estoy acostumbrada a escuchar indirectas (así se estila aquí), así que era posible que yo imaginara más de la cuenta. Tampoco tenía caso mencionar que un nombre me parece mera referencia: no a alguien que firma Qwerty. Creo que el intento por ocultar mis nervios me puso nerviosa, por eso concentré todo lo posible la mirada en las espinas o el tallo de la flor y hablé de lo que teóricamente yo venía a decir: los pintores locales, la galería, el estado de la plástica del lugar... Luché por mantener una distancia mental larga, por ser “profesional”, dada mi calidad de guía de artistas. Él se mostraba receptivo, como si entendiera lo que yo decía tal y como a mí me hubiera gustado ser entendida. O eso creo ahora. Después nuestra conversación pasó por unas esculturas francesas, escritores en común y la galería minúscula que conoció en uno de sus viajes.

Qwerty preguntó por mis estudios y yo dije que estuve un tiempo en la universidad, estudié arte, pero lo dejé porque no me siento capaz de crear obras que yo misma disfrute. Cambié el tema a su exposición, que se inauguraría esa noche. Él habló de fotos panorámicas y maquetas de ciudades. Yo me concentraba en





el tono mantequilla de la rosa, porque para ese instante ya tenía la certeza de que algo empalmaba, más, de que los sucesos anteriores (mi amistad con los galeristas, mi mudanza a este puerto años atrás) estaban hechos para llegar ahí, al día del que ahora sólo conservo instantes, probablemente retorcidos.

Cuando vuelvo a esa tarde —los recuerdos se deslavan y no queda sino insistir en ellos— llegan, como en un parpadeo, sus manos pequeñas, claras, casi femeninas; en otro abrir y cerrar de ojos regreso a los movimientos contenidos de esas manos, a la expresión del rostro que conservo en mi mente y recreo ahora mismo, en este café que ahora significa Qwerty, que a su vez significa una persona como me gustan las personas.

Espero no haber dicho nada fuera de lugar esa vez. En todo caso, el protagonista de esto siempre fue él, no yo, y sigue siéndolo, aunque entonces aún no tomara forma de palabras y sólo queden la imagen de su cabello, de la carpeta blanca... Aunque este lugar no sea más el sitio donde yo venía a leer, sino el de mi encuentro con él, que terminó tres horas más tarde cuando un soplo muy fuerte del viento comenzó a llevarse las servilletas y a inflar la lona que cubre la terraza.

Hoy el clima es seco y no hay viento. Hago el ejercicio de mirarnos desde arriba: parecemos —somos, fuimos— un par de desocupados que se quedan en los cafés conversando por horas. Ahora mismo el sol rebota en el piso y éste es el paisaje de hoy: los contenedores, las grúas y los cargueros parecen piezas de juguete para armar si los imagino en vista aérea, donde veo los

contrastes entre rojo carmín y azul rey contra el brillo del mar, las sombras de las quillas en triángulo sobre el muelle. Este es el paisaje de hoy y es irrepetible.

Pocos días después de la inauguración, Qwerty me envió un correo que aquí transcribo:

Ye:

Esperaba verte en mi exposición, ¿por qué no fuiste?! Supongo que tenías mucho trabajo, espero que la hayas visto después. Tus amigos me atendieron muy bien. No puedo decir que la muestra haya sido un éxito rotundo, pero recibí buenas críticas. Ya me habías prevenido de que no iban a llegar multitudes, jajaja... Salgo de viaje estos días, estoy en proceso de un proyecto nuevo. Es curioso: he pensado mucho en los colores del puerto. Ya serán material de otra propuesta. Muchos saludos para ti y tus amigos, seguimos en contacto.

Lo firmó con su verdadero nombre. Lo leí y releí sin encontrar códigos, insinuaciones ni analogías, nada más que gratitud. Y su nombre.

Vi la exposición: una serie de grabados sobre su ciudad vista desde el aire. Busqué más imágenes de Qwerty en la red, y además de muchas panorámicas, encontré en un álbum virtual una foto de hace tiempo. Parece una fiesta, o quizá fue otra inauguración. Qwerty rodea la cintura de una chica. En la otra mano lleva algo que no logré distinguir hasta que acerqué la imagen: una rosa amarilla. ¿Era un mensaje, una indirecta? No. Sólo una coincidencia que me alegró. En esa foto aparece algo de aquí, de mí. Algo permanente. ■■■